

1.- Comentario a las lecturas. El único mal radical que existe es el pecado. Ni la enfermedad, ni la guerra, ni la muerte son comparables a este mal porque este te puede privar de la Vida Eterna. Partiendo de esa base de que es un mal en todos los sentidos, todos los pecados te dan una “gratificación”, aunque, por supuesto, aparente. Esto es evidente, por ejemplo en la gula, o en el placer sexual, o en la avaricia... Solo hay un pecado en el que no hay “compensación” ninguna y es: la envidia.

El Catecismo lo define como: “rencor o tristeza por la buena fortuna de alguien, junto con el deseo desordenado de poseerla” (nº 2539). Es el pecado, junto a la soberbia, que más caracteriza al demonio, tanto, que, dice la Escritura: “Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo” (Sb 2, 24). Por envidia podemos decir también fue crucificado el Señor. El Evangelio de este domingo refleja esta situación de los judíos con Jesús. No sabían qué hacer para callarlo. No podían soportar que Todo el pueblo acudiese a Él (Jn 8,2). La envidia los convierte en homicidas como pasó con Caín.

Como nadie estamos libres de ser debemos ser alientos porque muchas veces es el pecado que está detrás de las críticas que hacemos y de los obstáculos que ponemos cuando se va a realizar algo en lo cual no somos nosotros los protagonistas. Y también debemos tener cuidado con los demás como, por ejemplo, los niños ya que la envidia comienza a gestarse en los primeros años de vida, cuando el niño comienza a relacionarse con el medio familiar y social. Si constantemente se le compara con los hermanos, parientes, vecinos o conocidos, llegará un momento en que se sentirá tan devaluado, que deseará a toda costa ser como los otros y poseer lo ajeno. La desvalorización ocasiona frustración y rechazo hacia uno mismo.

Normalmente se cae en la envidia porque antes se ha caído en la idolatría. Porque ¿Qué es sino la inteligencia o la fama o las riquezas? Ídolos a los que les pedimos la vida y que, como vimos en el evangelio de las tentaciones Cristo rechazó radicalmente. Envidiemos lo que vale la pena: La fe, la caridad... y no perdamos el tiempo y energías en amargarnos la vida por cosas que aunque las tuviésemos no nos salvarían de nada.

2.- Sugerencias para el diálogo. 1º ¿Cómo crees que se deben combatir las tentaciones de envidia?; 2º ¿Le das importancia a mal del pecado o te preocupan más “otros males”?; 3º Como a los judíos conforme vas cumpliendo años ¿Te ves más pecador?

3.- Oración. Jesús, te pido la gracia de ser libre del veneno de la envidia, traída al mundo por Satanás. Señor, te pido que vengas en auxilio de mis debilidades. Te Entrego, todos los momentos en que experimenté el sentimiento de envidia, dame un corazón puro y simple, que se alegra con aquello que soy y que tengo. ¡Amén!